

## E) ALZADO EXTERIOR.

El aspecto exterior de la iglesia de Santiago de Villazón resultaría excesivamente sobrio para la época en que fue construida, si no fuese por los discretos elementos estilísticos que se concentran en su fachada.

El resto del conjunto presenta un aspecto austero y desornamentado que refleja, mediante la combinación de sencillas formas volumétricas, la estructura de la planta y la composición del interior.

El núcleo central, formado por la nave y el presbiterio, sobresale por encima de las dependencias anexas remarcándose, además, por la característica espadaña del imafrente. Los muros de los espacios que lo conforman están perfectamente alineados, lo que no impide que su estructura bipartita se traduzca al exterior debido a la mayor altura del presbiterio.

Los distintos **tipos de cubierta** contribuyen a remarcar los diferentes elementos del conjunto. Se disponen formando un armonioso escalonamiento que va descendiendo desde el espacio más desarrollado en altura, el presbiterio, hasta los más bajos: pórtico, sacristía y trastero. El presbiterio presenta una cubierta piramidal, la más apropiada para un espacio cuadrado que sobresale en altura. La nave está cubierta a dos aguas, las capillas, el campanario y el pórtico tienen tejados de tres vertientes y la sacristía, de dos vertientes divididas por un caballete diagonal. El único espacio cerrado que no cuenta con una cubierta independiente es el trastero, en donde el tejado (de una sola vertiente) aparenta ser una prolongación del que cubre el pórtico, diferenciándose, únicamente, por el sobresaliente suplemento que precisa debido a su mayor desarrollo en planta.

### LA FACHADA PRINCIPAL.

Esa aparente integración del trastero en el conjunto porticado favorece la armoniosa y simétrica disposición que presentan los distintos volúmenes al contemplarlos desde el que, con toda seguridad, fue concebido como el punto de vista privilegiado de la iglesia: aquel que, desde la hermosa y fértil Vega de Villazón, nos permite contemplar su **fachada principal** mientras nos aproximamos a ella por el antiguo Camino de Santiago. Su silueta está compuesta por una serie de líneas diagonales y escalonadas que van descendiendo desde la cúspide de la espadaña hasta el

suelo; al principio, suavemente, gracias a los aletones de la espadaña, y después, más bruscamente, debido a los perfiles de las cubiertas de la nave y del pórtico. Al ocultar la espadaña la parte superior del presbiterio, los únicos elementos que sobresalen lateralmente de la fachada, reforzando su simetría, son las capillas de la nave.

Los dos elementos principales que integran dicha fachada (portada y espadaña), junto con la discreta cornisa moldurada del presbiterio, conforman los únicos rasgos ornamentales del conjunto exterior de la iglesia. De todos ellos, solamente **el enmarque moldurado de la puerta** nos remite, claramente, al estilo predominante en la mayor parte del siglo XVIII, el Barroco. Como suele suceder en este tipo de iglesias rurales, su diseño está inspirado en modelos urbanos de épocas anteriores.

En este caso, encontramos un claro precedente en los balcones de la planta superior del palacio del Duque del Parque (actualmente del Marqués de San Feliz), construido en la ovetense Plaza del Fontán, entre 1723 y 1730, por Francisco de la Riva Ladrón de Guevara (1686-1741), arquitecto de Trasmiera (Cantabria) que, según Ramallo Asensio (1978), demostró con el diseño de este edificio una originalidad y personalidad que le colocan entre las primeras figuras de la arquitectura hispana, situándose al margen de las estéticas provincianas o arcaizantes. Coincide con los enmarques de dichos balcones (fig. 25 y 27) en el original arranque curvado de las jambas, en la combinación de diferentes molduras, en la incurvación de las orejas y en el resalte arqueado de la clave, diferenciándose, fundamentalmente, por la forma de remate del vano: adintelado en el palacio y en arco escarzano en la iglesia.

La portada de Villazón se dispuso bien centrada en la fachada y firmemente asentada sobre dos potentes sillares que, al igual que los del umbral, son de caliza grisácea. El marco de la misma, sin embargo, se labró en piedra arenisca anaranjada que presenta un cuidado despiece de grandes sillares dispuestos de forma casi simétrica.

A nuestro entender, en la restauración de 1981 se cometió el error de resaltar el despiece de los sillares en lugar de la moldura del enmarque; es decir, los bordes de la carga van delimitando y resaltando el asimétrico y caprichoso perfil de los sillares sobre los que se labró la moldura, sin tener en cuenta que la función de su despiece es simplemente estructural (aportar la necesaria solidez a la puerta), mientras que la función estética recae únicamente sobre la moldura.

Esta forma de proceder, en la aplicación de la carga, no nos parece la adecuada porque modifica el enfoscado original (del que se conservan restos evidentes), cuyos bordes corrían paralelos a los de la moldura. A nuestro parecer, debido a la relevancia y

calidad de este enmarque barroco, convendría modificar la disposición de la carga ajustándola a la silueta del enmarque para resaltar y potenciar sus características estéticas y estilísticas.

Centrándonos ya en la descripción detallada del enmarque de la puerta, nos referiremos, en primer lugar, a la composición de la moldura que recorre todo su perímetro: en ella se combinan un bocelón y una escocia que van delimitados por listeles. El contraste establecido entre las formas salientes y entrantes es un recurso característico del Barroco con el que se busca conseguir un efecto de claroscuro que, en este caso, resulta atenuado por la ubicación de la puerta bajo el pórtico, al impedir su techumbre la incidencia directa de la luz solar sobre la misma. Convendría, por tanto, paliar este efecto atenuante mediante una adecuada iluminación.

La moldura arranca desde el suelo, formando un arco de circunferencia, y recorre ambas jambas con un trazado rectilíneo que se quiebra al llegar a la altura del salmer dando lugar a una original variante de la característica oreja barroca: tras el quiebro inicial en ángulo recto (del que se despega el listel exterior formando un pequeño arco) adopta un formato incurvado; luego continúa perfilando el arco escarzano hasta llegar a la clave, que se decora con un pequeño resalte curvo.

El estado del rejuntado de los sillares del enmarque resulta bastante deficiente: al ser de un color más claro que la piedra, resalta de manera inadecuada y, en algunas partes se ha perdido, por lo que se aprecian rendijas entre los sillares; la existente entre el salmer del lado izquierdo y la dovela contigua se aprovecho para pasar un cable que se tapó, de forma chapucera, mediante pegotes de cemento. Convendría, por tanto, eliminar ese cableado y renovar el rejuntado, aplicando uno de color similar al de la piedra para evitar esas inadecuadas interrupciones de la continuidad del enmarque.

**La puerta de madera** fue realizada en la segunda fase de la reedificación de la iglesia (1780-1784) por los mismos artífices del retablo mayor, a quienes se les abonó 2.720 reales “*por la hechura del Retablo mayor y puerta*”. Se trata de una puerta de dos hojas que llevan un bastidor apeinado y completado por barrotes dispuestos vertical y diagonalmente. Su forma se adapta a la del arco escarzano, decorándose con cuarterones refajeados que presentan una disposición bastante original, alternándose tres bandas horizontales, formadas por cuatro rectángulos, con otros tantos paneles de mayor altura que se decoran a base de cuarterones trapezoidales.

El tirador de la parte exterior, dispuesto sobre un espejo de remate flordelisado, es idéntico a los de la puerta lateral y de la sacristía, y no parece original. Si lo son, en

cambio, los herrajes de la parte posterior: 6 bisagras de ramal de extremos patados, una falleba que la fija al borde superior del marco y cuya manilla encaja en la cerradura, 2 pasadores que la fijan al suelo y 2 grandes anclajes en forma de aldabilla que la fijan a las jambas (Fernández Suárez, 1988).

Tenemos constancia de que fue repintada, al menos, en 1887 (con pintura al aceite), en 1908 (con blanco de España) y en 1981. No presenta, por tanto, el aspecto que tendría originalmente, por lo que, quizás, convendría estudiar la posibilidad de dejar la madera vista y protegida, en caso de que tenga la suficiente calidad y homogeneidad.

**Sobre la clave de la puerta se conserva una inscripción** labrada sobre una lápida de arenisca de formato cuadrangular enmarcada por un listel que, en los ángulos, presenta un resalte interior de bordes curvos. En el centro del borde superior lleva un aspa en relieve inscrita en un recuadro rehundido. La inscripción se realizó mediante incisiones y su composición resulta un tanto caótica al alternarse anárquicamente las letras capitales y las minúsculas, y al destacarse algunas palabras mediante el uso de mayúsculas empastadas de mayor tamaño: la invocación inicial y el apellido del cura que promovió la obra; además, al haber calculado mal el espacio disponible, el artífice tuvo que esculpir la fecha en el borde inferior del enmarque.

La transcripción de la misma, con las abreviaturas desarrolladas, es la siguiente: **“AVE M(ARÍA) SIN / PECAdo CO(N)CEbida / HÍZOSE ESTA obra SI / ENdo cura D(O)N SANTI /AGO CALLEXA AÑO / 1777”** (Manzanares Rodríguez, 1960; ITA, 1987; y IIC, 1999). Convendría eliminar las manchas de pintura blanca de los bordes y del campo, y sustituir el deteriorado farol instalado en 1981 por una luz rasante que resalte los relieves, facilitando la lectura de la inscripción.

Continuando con la descripción de la fachada principal, observamos que se produce un llamativo contraste en el aspecto que presentan los paramentos situados por encima o por debajo de la cubierta del pórtico. La diferencia más fácilmente apreciable consiste en el distinto grado de conservación de la carga y del enlucido, estando más deteriorada, lógicamente, la parte más expuesta a las inclemencias del tiempo. La segunda diferencia, ya señalada en el capítulo anterior, viene determinada por el distinto tratamiento que se da a las cadenas esquineras que, en la parte superior, están perfiladas por una carga de bordes rectos, mientras que en la inferior se resalta, de forma bastante arbitraria como veremos, la disposición a soga y tizón de los sillares que las componen.

La arbitrariedad en la aplicación de la carga de la parte situada bajo la techumbre se manifiesta en los siguientes detalles: la parte inferior del esquinial izquierdo presenta

un borde recto que, muy probablemente, oculta los salientes de algunos sillares, mientras que el costado derecho del esquinual del lado contrario está perfilado, en toda su altura, por el borde recto de la carga. Por otra parte, como ocurre en el caso del enmarque de la puerta, el despiece de los sillares de las cadenas esquineras de la fachada principal no presenta una disposición regular, por lo que más probable es que las cargas o enfoscados originales de la iglesia ocultasen sus denticulados bordes como ocurre en el resto de esquinales de las fachadas exteriores de la iglesia.

La composición arquitectónica de la parte superior de la fachada principal presenta muchos puntos en común con la de otras iglesias rurales asturianas. Su truncado hastial está delimitado lateralmente por los esquinales de arenisca que están coronados por unas sencillas impostas del mismo material que no son otra cosa que la prolongación de las cornisas de las paredes laterales de la nave. Sobre dichas impostas apoyan las inclinadas cornisas del muro piñón que enlazan con la imposta horizontal que señala el arranque de la espadaña. En el centro del hastial se dispone un vano rematado en arco de medio punto, cuyo aspecto actual es, seguramente, el resultado de las reformas efectuadas en 1930, 1981 y 1983: en la primera fecha se reformaron 3 ventanas y se instalaron otras tantas rejas de cierre como la que protege a ésta, en 1981 se pintaron los recercados de las que carecían de enmarques pétreos y en 1983 se les añadieron los plásticos autoadhesivos que imitan vidrieras de colores.

**La espadaña** está construida, en su mayor parte, con sillar bien escuadrado de caliza. Se eleva sobre un robusto paredón rectangular que en su parte frontal está pintado de blanco y enmarcado por los siguientes elementos pétreos: la imposta inferior, los machones laterales y una banda horizontal de sillares rematada por una cornisa moldurada que lo separa del cuerpo de campanas y en la que se superponen un cuarto bocel y una nacela que van delimitados por listeles.

El cuerpo de campanas está compuesto por dos pisos separados por una sobresaliente moldura en nacela y flanqueados por sencillos aletones y pináculos rematados por bolas. En el inferior, más desarrollado en altura, se abren dos arcos de medio punto peraltados que apoyan sobre impostas lisas; mediante el cuidado despiece de los sillares, se resalta la rosca de los arcos. El segundo piso, en el que se abre un arco de medio punto semejante a los descritos, va rematado por un frontón triangular perfilado por molduras en nacela y rematado por un pináculo sobre cuya bola se asentaba la cruz metálica de remate. La actual, que se decora con una alternancia de círculos y rombos y se encuentra desplomada sobre el aletón izquierdo, debió de ser la

que fue reparada en 1983 tras un vendaval que también afectó al pórtico. La original, como señalamos en el anterior capítulo, la forjó “*el ferrero de Figares*” y podría ser la cruz-veleta de brazos lanceolados que se conserva en la sacristía (fig. 90). De resultar así, convendría restaurarla y reponerla en su lugar original, si ello fuera posible.

Del **campanario adosado a la parte posterior de la espadaña**, describiremos ahora la parte exterior del mismo, dejando la estructura que se oculta bajo la cubierta para el apartado en el que nos ocuparemos de la armadura de la misma.

La primera mención al mismo es del año 1832, en el que se aportaron 140 reales de las limosnas de San Antonio “*para comprar madera y composición (reparación) del campanario*”. En el año 1887 se abonaron 44 reales y 5 maravedís “*por pinturas y aceite para las mismas empleadas en el antepecho del campanario*” y en otras carpinterías de la iglesia. En 1906 se pagaron 26 pesetas por “*media carrada de tabla y pontones para el corredor del campanario*”, 8,60 pesetas por “*dos paquetes de puntas y las pinturas para el mismo*”, más 15 pesetas que se le dieron “*al carpintero por cinco días que empleó en hacerlo*”. Aunque no tengamos noticias anteriores a esas fechas, la perfecta integración de su estructura de madera con la de la armadura de la cubierta de la nave y con algunos elementos pétreos de la espadaña, parecen indicar que debió de ser construido durante el largo proceso de reedificación de la iglesia.

En 1913 se pagaron 40 pesetas por “*la renovación de la mitad del corredor del campanario que se había incendiado la víspera de la fiesta del señor*” y 7,40 por “*la pintura para el mismo*”, procediéndose igualmente a retejar su cubierta y la de su alrededor, operación que no debió de evitar algunas filtraciones de agua que obligarían a repetirla al año siguiente.

En 1945 se abonaron 12 pesetas a un carpintero por arreglar un trozo del campanario que, como acabamos de ver, ya venía arrastrando algunos problemas de conservación que debieron de intentar atajarse definitivamente en 1961. En ese año se pagó a Baldomero González 1.564 pesetas por la “*mano de obra y materiales de Uralita, cemento (y) arena empleados en el campanario de la iglesia*” y, en 1972, se compraron 5 chapas más de Uralita, que costaron 1.637 pesetas, en la ferretería “*La Panera*”. Como resultado de estas últimas compras y reparaciones, el aspecto que presenta en la actualidad el campanario aparece claramente desvirtuado, al haberse empleado la Uralita para proteger el faldón de madera y sustituir a la teja árabe del tejadillo.

Los extremos del borde superior del faldón se sujetan a la espadaña mediante ángulos de hierro, al igual que los de las viguetas durmientes del tejadillo, aunque la del costado sur también va empotrada en un rebaje cajeadado de la espadaña. Dichas viguetas están sostenidas por tres pies derechos de madera rematados por zapatas mensuladas; su tercio superior es prismático de sección cuadrada, mientras que los dos tercios inferiores son octogonales al haberse matado sus aristas mediante biseles. Las cabezas de los durmientes, aguilonos y canecillos, que sostienen el alero, van decoradas con sencillas ménsulas.

La cubierta presenta tres vertientes de Uralita separadas por caballetes de teja que confluyen en un vértice que apoya sobre la nacela de la espadaña, sobre la que se dispone una hilera de tejas que sirven de babero al encuentro entre los extremos del tejadillo y la pared de la espadaña.

La espadaña presenta numerosos deterioros superficiales que no parecen comprometer su sólida estructura. La carga y el enlucido del hastial y del paredón rectangular presentan alteraciones generalizadas debido a los desconchados y suciedades. Las partes fabricadas con piedra están afectadas por líquenes, corrosiones, ennegrecimientos, fracturas en las molduras y malas hierbas en los intersticios.

Nos constan un par de reparaciones referidas a la espadaña: en 1892 se le abonó a un albañil *“un día que empleó en el recibo de la pared del campanario”* y en 1908 se adquirieron *“dos sacos de hidráulica para tapizar las juntas de la espadaña”*.

Al contrario que la espadaña, el campanario de madera presenta un aspecto relativamente sólido al exterior, pero está asentado sobre una estructura de madera que aparenta estar al borde del colapso, como veremos al analizar la cubierta de la nave. Teniendo en cuenta, además, las profunda alteraciones sufridas en el siglo XX, convendría proceder al desmontaje del mismo y a su sustitución por una réplica realizada íntegramente en madera y cubierta con teja árabe.

Afortunadamente, la carpintería de madera de la iglesia, si exceptuamos la puerta principal, se caracteriza por una sencillez estructural y decorativa de carácter popular que, en los casos necesarios y justificados, facilitaría la sustitución de determinados elementos. El carácter popular de dicha carpintería se comprueba fácilmente al compararla con la que encontramos en algunas edificaciones de la propia población de Quintana: pies derechos (e incluso pegollos) de madera de aristas biseladas; zapatas mensuladas que rematan los pies derechos; puertas con dos grandes tablones verticales clavados a un bastidor de madera, etc.